

## **-B-EL HOMBRE EN SÍ MISMO (-2-)**

Aunque pueda extrañar, recuerde quien ahora toma este artículo, que inicié a redactar sobre la realidad antropológica, con el propósito de llegar a ideas referentes a patriotismo, nacionalismo o elemental política.

Hace muchos años redacté para el día de Pascua lo que tal vez pueda llamar poema, al que puse el título de "Salmo de un pajarito al amanecer de Pascua". Burla burlando, o imaginando, supuse que a un petirrojo, aquel el día glorioso, se le otorgaba el entendimiento y de inmediato cantaba alegremente la divinización que supuso al espacio/tiempo la Encarnación del Hijo de Dios. (Amigos míos lo han traducido a 7 lenguas. (Quien desee leerlo, muy gustoso se lo facilitaré. Continúa gustándome, pese a sus más de 30 años)

Desde entonces he ido evolucionando, o más bien progresando.

Recuerdo que os decía que para entender algo de la realidad del individuo humano, os imaginaseis un recipiente que albergaba en su interior tres líquidos: mercurio, agua y aceite. Escogí estos tres, por ser los únicos que encontré que no fueran miscibles. Los tres niveles correspondían a la originalidad humana, cuerpo, alma y espíritu. Acompañaba tal definición con una serie de citas bíblicas para fundamentar tal imagen..

Continuo ahora no ignorando que probablemente me repetiré.

Su origen es de hace bastantes años. Desde pequeño conozco el fenómeno de la muerte. Mi infancia transcurrió durante la guerra civil española. La noticia diaria que se repetía era el número de muertos en las trincheras y a consecuencia de los bombardeos de la aviación. Pero, eso sí, las muertes eran noticia no observable. Años más tarde vi el primer cadáver, se trataba de un religioso ilustre. Visitaba la capilla ardiente con los compañeros del aspirantado. Por entonces ya me habían explicado en la catequesis, que al final de la vida, cuerpo y alma se

Separaban y así permanecían hasta el final de los tiempos. En aquel entonces volverían a juntarse y así permanecerían eternamente. Esta unión se efectuaba con tal éxito, que si alguien había muerto viejo, resucitaría hombre joven y si había fallecido de niño, resucitaría joven maduro. Así de simple me lo explicaban y con simplicidad yo lo aceptaba.

Salto un montón de años.

Tenía ya conocimiento de las diferentes formas de inhumar, de acuerdo con las costumbres de cada pueblo o cultura. Enterrar, incinerar, ceder el cuerpo a la ciencia etc. no representaba problema alguno. La verdad es que tampoco me lo planteaba. Mi Fe ha sido siempre más experiencia de Amor que demostrada verdad de entendimiento.

Con el tiempo varían las preguntas y buscaba yo certezas que me satisficiesen.

Resumiré. Que bebemos agua, que se incorpore al cuerpo y al poco la expulsemos de diversas maneras, no es problema. Que podamos perder calcio que facilite la fractura de los huesos largos, tampoco. Ahora bien ¿por ejemplo el yodo que precisa la glándula tiroides ¿también entra y sale del cuerpo continuamente?

Se lo pregunté a Dom Ignasi Fossas, amigo, monje y médico. A uno le han dicho que los médicos y los jesuitas saben de todo. Pero en esta ocasión no fue así, su respuesta fue evasiva: de esto no me enseñaron en la facultad, allí aprendí a curar, no a investigar. Pregúntaselo a Margalef.

El Dr. Ramón Margalef, como ya sabréis la mayoría, era un sabio biólogo. El mejor del mundo en conocimientos referentes a ríos y mares, limnología, ecología también en medios terrestres y no sé cuantas cosas más, me unía a él sincera amistad desde hacía años.

Mi pregunta fue la siguiente: los oligoelementos, por ejemplo el yodo ¿también al poco de incorporarse al cuerpo se desprenden de él?. Me respondió categóricamente: también.

Como mi interés no era pura curiosidad y sabía que a su categoría científica acompañaba la Fe cristiana, le dije, ¿crees tú en la resurrección del cuerpo humano? Sí, me contestó.

Traté yo de que me diera explicación, pero no pude entenderle. Intervenían dos factores. Si Margalef era notable por sus conocimientos científicos, su pronunciación no era muy clara y mi oído no era excelente, ni mucho menos. Añádase que él era investigador, observar, estudiar, intuir, descubrir y comunicarlo por escrito, sí que era lo suyo. Otro impedimento era la enorme diferencia de conocimientos científicos que existían entre él y yo. Se esforzaba en explicarse y yo trataba de entenderle, sin total éxito. Algo así como que de un sustrato se trataba.

La conversación acabó diciéndole yo: es curioso que tú, científico, gravemente enfermo y seglar, estás evangelizándome a mí, más joven, de poca cultura, gozando aparentemente de salud y sacerdote.

No podía insistir, por mucho que me interesasen sus opiniones y convicciones. No puedo ahora, pues, explicar las razones que tenía para estar convencido de que su cuerpo resucitaría, el de él y el de los demás. La Caridad cristiana me lo impedía, no podía incomodarle, tenía él y sabía yo, la gravedad de estado y el interés que tenía de que sus descubrimientos, los propios de su especialidad científica, se perdiesen, y dedicaba sus últimos días a entregar sus cuadernos de apuntes a quienes pudieran sacar provecho de sus descubrimientos. Añado también que buscaba despedirse de quienes quería, familia y amistades y pedir y repetir que rezásemos por él. Lo que quedó muy claro es que él, de acuerdo con su Fe y sus conocimientos científicos, creía en la capacidad de resurrección del cuerpo humano. Como es lógico, el testimonio de su Fe científica/cristiana es un buen soporte para la mía.

(continuaré)